LXIX.

En la derecha mano el hasta larga
furioso empuña de la dura cerda,
y embraza fuerte la espaciosa adarga
negra tambien en la forzuda izquierda:
en quantas armas sobre el cuerpo carga,
la muerte tan atroz se le recuerda
del Ranifuga Mosca, cuya historia
las negras armas traen a su memoria.

LXX.

El Rey Matacaballo en diferentes
esquadras pone su caterva fiera
de Tabanos expertos y valientes,
de quien hazañas de valor espera:
él era el gran caudillo destas gentes,
assombro fiero del contrario, y era
el que quitó la espada a su enemigo,
que es la que en las batallas trae consigo.

LXXI.

Este fue desde niño aficionado
al exercicio militar, de suerte
que con quantos sus fuerzas ha probado,
han probado con él su misma muerte:
tal vez de un Abejon desafiado
fue cuerpo a cuerpo el Tabanesco fuerte,
en cuyo desafio hizo de modo
que se dió a conocer al mundo todo.

Sa-

LXXII.

Salieronse los dos a la campaña,
que siempre en ella el Tabano pelea,
y el astuto Abejon (astucia extraña,
digna deste lugar, porque se crea,
llevaba oculta con cautela y maña
en el remate de su cola fea
una espada finissima desnuda,
de filo cortador y punta aguda.

LXXIII.

Y quando cara a cara arremetia,
al mismo punto al revolver el anca
con ligereza subita salia
la arma sutil por entre zanca y zanca:
el Tabano feroz, que nunca via
indicio del acero o punta blanca,
sudaba gotas de mortal congoja,
no viendo el filo con que el tajo arroja.

LXXIV.

Pero una vez el Tabano, que atento
estuvo a la revuelta de la cola,
en la mitad del leve movimiento
de aquella espada vió la punta sola:
quedó con esto su valor contento,
y los brazos con animo enarbola,
para quando el contrario le acometa
guardarle la estudiada contratreta.

El

LXXV.

El Abejon de revolver no tarda,
y hácia el Tabano fuerte se encamina,
el Tabano feroz no se acobarda,
aunque ve al Abejon que se avecina:
el Abejon, que mira que le aguarda,
al Tabano amenaza su ruina,
pero el Tabano astuto, que le entiende,
al Abejon entre sus brazos prende.

LXXVI.

El Abejon y el Tabano los brazos
furiosos cruzan con rigor que espanta,
el Abejon al Tabano los lazos
le aprieta por la indomita garganta:
al Abejon el Tabano pedazos
quiere hacerle, y por medio le quebranta,
y el Abejon y el Tabano uno y otro
son de uno y otro atormentable potro.

LXXVII.

Tanto la fuerza Tabanesca pudo,
contraria a la Abejonia, que en efeto
la fiera bestia del acero agudo
murió en los brazos del rigor y aprieto:
dejó de vida al Abejon desnudo,
sacando por despojos deste reto
el Tabano la espada que se ciñe,
con cuyos filos las batallas riñe.

El

LXXVIII.

El alma triste el Abejon vomita,
que ya sus brazos con la fuerza floja
de la garganta Tabanesca quita,
pereciendo entre rabias y congoja:
y el que a Anteon contra Hercules imita,
tampoco entonces pudo, que la hoja
vomitó por atrás su triste ojo,
haciendola del Tabano despojo.

LXXIX.

Espada y hoja propriamente y sola,
de cuya traza y filos imagino,
que el nombre que le dan a la Española
espada, de hoja deste origen vino:
era la aguda espada, que en su cola
llevaba el Abejon, hoja de espino,
cuyos filos y hechura dieron nombre
a la hoja que ciñe al lado el hombre.

LXXX.

Quedó el Matacaballo muy honrado
con tal victoria, y desde alli adelante
cobró reputacion de gran soldado,
y para empresas graves importante:
la espada cortadora dió a su lado,
que la trasera honró del arrogante
Hector Moscon, que al Rey de la Tabana
como a Achiles rindió la Durindana.

Con

LXXXI.

Con ella el gran caudillo la orden traza
de formar sus hileras y esquadrones,
haciendo siempre para el passo plaza
sus Tabanos ginetes y peones:
si acaso con los filos amenaza
a los suyos, se tienden a montones,
porque solia llevarse ¡caso feo!
seis Tabanos y siete de un voleo.

LXXXII.

Grande es el miedo que en los suyos pone,
quando les muestra la desnuda espada,
y con industria el esquadron compone,
sin que soldado le replique en nada:
a la contraria multitud opone
la caterva de Tabanos granada,
cubriendo todo el campo de ginetes,
arcos, ballestas, dardos y mosquetes.

LXXXII.

La turba de los Zénzalos crueles
el Rey Asinicedo tiene a cargo,
formando lucidissimos quarteles
de fuertes gentes y de espacio largo:
es gente que en los belicos tropeles,
aunque no muestren armas, sin embargo
son los que mas a los contrarios dañan,
porque con no mostrarlas los engañan.

Son

LXXXIV.

Son gentes magras y de fuertes nervos,
de complexion robusta y bravo talle,
monstruos sin ley, en el picar protervos,
sin que en su corazon piedad se halle:
gente criada entre silvestres cuervos
en monte despoblado o inculto valle,
y que imitando al cuervo solo intenta
sacar los ojos al que le sustenta.

LXXXV.

Y aun tengo conjeturas y recelo,
que esta fama ruin, que el cuervo tiene,
los Zénzalos la causan, quando el pelo
del cuervo nuevo a disfrazarle viene:
porque huyendo los padres, luego el cielo,
que de los pollos cuida, los mantiene
destos Mosquitos, que a los cuervos hacen
ser semejantes al manjar que pacen.

LXXXVI.

Es esta fiera turba Zenzalina
de condicion tan barbara y estraña,
que va cantando siempre que camina,
y canta mas, quando es mayor su saña:
gente que a guerra y dissension se inclina,
y que tiene por patria la campaña,
adonde con la fuerza de sus dientes
quita las vidas a las chinches gentes.

En

LXXXVII.

En un Pulgon hinchado caballero
va el Rey, caudillo desta gente brava,
vestido el cuerpo en vez de fino acero
del orbe duro, que cubrió una hava:
este caballo y armas el Rey fiero
en defensa sacó, porque se alaba,
que por despojos de valor los huvo,
quando allá en los havares guerra tuvo.

LXXXVIII.

Esto mirando me quedé suspenso,
quando en el exe de los cielos toca
atronando la tierra un grito inmenso,
que confiesso que a miedo me provoca:
que al alto Olympo desencasa pienso
del gigante feroz la furia loca,
a quien no pude hallar entre la tierra,
o que el divino Jupiter le atierra.

LXXXIX.

Fue tanto entonces de mi pecho el miedo
y el temor improviso y sobresalto,
que sin poder volar me estuve quedo
de la virtud de mis talares falto:
revuelvo mi cabeza, como puedo,
por el lugar de entre las auras alto,
el campo miro de la Hormiga, y veo
lo que, aunque vi, tal es que no lo creo.

Por

XC.

Por medio del exercito contrario
passó esgrimiendo el cortador acero
un Moscon furibundo y temerario,
mas que las furias del infierno fiero:
siguióle del Hormiga el campo vario,
pero él valiente y por igual ligero
dentre sus uñas y sus armas sale,
y de su fuerza y de sus pies se vale.

XCI.

Sale huyendo del campo del Hormiga,
y hácia el real de la Mosca los pies mueve,
y para que su alcanze se consiga,
espessas gentes el contrario llueve:
viendo el Sanguileon a la enemiga
turba tan cerca, saca en tiempo breve
de sus Moscas un numero sin cuento,
que a los otros retiren al momento.

XCII.

No sigue el bando del estruendo alado
la medrosa caterva que retiran,
que recibiendo entre ellos al soldado,
de tal hazaña y su valor se admiran:
estaba de correr desfigurado
de tal manera, que aunque mas le miran,
ninguno se halla que conozca o piense,
que es el señor del valle Barriliense.

Q Pe-

XCIII.

Pero despues que por el habla y señas
del Tartaro el aspecto conocieron,
alli fueron las fiestas no pequeñas,
y los sumos contentos alli fueron:
alli rimbomban de las altas peñas
los ecos, que al acento respondieron,
de la alada caterva, que en voz viva
entonaron el victor hasta arriba.

XCIV.

Sea bien venido, al Tartaro decia
el Rey Sanguileon de la Mosquea,
la luz de la Mosquil caballeria,
adonde Marte su furor emplea:
la defensa de nuestra Monarchia,
la Parca de la Hormigena ralea,
el que con verle de mi rostro enjuga
las lagrimas, que causa el Ranifuga.

XCV.

O capitan, firmissima esperanza
de la fortuna de la gente nuestra,
¿qué prolixa prision o qué tardanza
ha tenido cautiva vuestra diestra?
¿qué tormento o qué subita bonanza
os trae del mar y a vuestra gente os muestra,
que todos os llorabamos con pena,
que en vos no se cebasse la Ballena?

No

XCVI.

No sé si el Rey Moscon le dió respuesta,
mas al un Rey miré del otro asido,
y a la turba Mosquina haciendo fiesta,
todo en memoria del recien venido:
y entre esta gente y la contraria opuesta
salió hiriendo los ayres un bramido,
que ninguno de tantos oirle pudo,
sino era yo del ser mortal desnudo.

XCVII.

En el un campo y otro vi que andaba
zurciendo la solicita Megera,
que rabias, iras y rencor sembraba
la fiera furia entre la gente fiera:
y viendo que con prisa se acercaba,
sin que me viesse retiréme afuera,
temiendo del mirar de la mal quista,
que no me emponzoñasse con su vista.

XCVIII.

Los talares con animo prevengo,
y de su vista a mas volar me aparto:
y a no verla sin duda me detengo,
hasta ver de la guerra el fiero parto:
esto, Deidades, a contaros vengo,
y dejo ahora de deciros harto,
que el miedo mio relatar no osa,
nos se nos sobresalte alguna Diosa.

XCIX.

Esto al concilio de los dioses dixo
en la esphera de Jupiter Cylenio,
quedando absortos con su hablar prolixo
mas de la novedad, que de su ingenio:
calló de Maya el eloquente hijo,
y de los dioses el divino Genio,
como la nueva a espanto le provoca,
arqueó las cejas, y frunció la boca.

C.

Jupiter dixo desde el throno alto
a los dioses sus subditos: Confiesso,
que me causa la nueva sobresalto,
y el grande miedo me ha tenido presso:
no se assomen a ver el fiero assalto
los dioses celestiales, que el sucesso
temo que les provoque a alguna pena,
cosa sin duda a su deidad agena.

CI.

Quedese el mundo de tinieblas lleno
mientras que passa tanta desventura,
no ponga Phebo a sus caballos freno,
ni el carro saque de su lumbre pura:
estese en tanto de su luz ageno,
y todo el tiempo que la guerra dura,
a las puertas del cielo echen la llave,
y no las abran sin que el daño acabe.

De-

CII.

Delia la plata de su faz redonda,
con cuya hermosa luz al mundo alegra,
mientras passa furor tan grave, esconda,
y sin ser vista de la noche negra:
en ninguna manera corresponda
con luz, que el mundo todo es otro Phlegra,
ni en forma ya de tajador se ofrezca,
ni rebanada de melon parezca.

CIII.

Dixo: y de la basilica el espacio
desocupan los dioses al momento,
y passan por las salas del palacio
con mas veloz, que tardo movimiento:
sola mi torpe pluma va despacio,
mas ya contra la flema y vuelo lento
la desgreñada Eumenide la mira,
y para entrar con furia se retira.